

APOLÓ

AÑO III

Número 21

REVISTA DE ARTE - - -

- - - - Y SOCIOLOGÍA

- - DE PÉREZ Y CURIS - -



Montevideo - Buenos Aires - Santiago de Chile

MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

+ SANTIAGO DE CHILE +

NOVIEMBRE DE 1908

LA ELECTRICA

Y LA ELECTRO-TECNICA-URUGUAYA

CIOFFI, REGUSCI Y VOULMINOT

Empresa de instalaciones eléctricas particulares é industriales

Gran exposición de artefactos, arañas, brazos, portátiles, tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención - Montevideo

LOS DOS TELÉFONOS

"GERMEN"

Revista de Sociología

Director: Alejandro Sux

En venta en la LIBRERIA MODERNA

SARANDI, 240

MONTEVIDEO

IMPRENTA Y
TIPOGRAFIA- LA RURAL

Obras de Pérez y Curis

DE

EDUARDO RAMOS

PUBLICADAS

Calle Florida números 84 y 92a

«La canción de las Crisálidas»

«El poema de la Carne».

(Poesías).

«Heliotropos» (Poesías).

«Rosa ignea» (Cuentos).



Impresiones de todas clases:
diarios, periódicos, revistas, folletos,
memorándums, carnets, notas,
recibos, programas, tarjetas, talonarios,
etc.



Teléf. La Uruguaya, 369 (Central)

MONTEVIDEO

EN PREPARACIÓN

«Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).

«Alma de Idilio» (Poema).

«Albas sangrientas» (Poesías de combate).

«La Ola» (Novela).

«En el huerto de los besos» (Poesías).



Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 21.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Noviembre de 1908.

EL NATURALISMO Y FÉNIX

Con motivo de haberse reproducido en *Revista Ro-chense*, un trabajo literario de nuestro distinguido colaborador Angel C. Miranda, intitulado *BAJO LA CARETA* y publicado en el número 17 de esta revista, suscitóse una pequeña polémica entre el *Diario Español*, á cuya redaccion pertenece aquel escritor y *El Siglo*.

Dice Fénix en *El Siglo* que dicho trabajo *pudiera calificarse de exhibición para hombres solos*.

Lamentamos la ligereza, y más aún, el poco criterio con que ha procedido aquel periodista. *BAJO LA CARETA* es una página del libro de la vida, real como todas. Al concebirla, su autor lo hizo con altos fines humanitarios y moralizadores que Fénix se empeña en negar no obstante saber que Zola escribió sobre temas análogos con idénticos fines.

¿Es decir que en Zola, sólo en Zola, es aceptable el naturalismo que instruye y educa?

¿Ha compenetrado Fénix el alma del autor de *BAJO LA CARETA*?

No; su afán de presentarlo como un escritor pornográfico y no como un artista, es sistemático. *BAJO LA CARETA* es una página de arte, y el arte no es pornográfico sino para aquellos ultramontanos que se horro- rizan ante un desnudo de mujer.

He ahí nuestra opinión al respecto.

Ahora bien: rogamos á todos los intelectuales que hayan leído el trabajo del señor Miranda, nos envíen la suya para insertarla en nuestro próximo número.

LA REDACCIÓN.

Almas de sombras

La envidia es un culto.

Es el culto de las almas viles á las grandes almas.

Es una adoración, la adoración del mérito por el desprecio.

Una extraña religión, la religión de la bajeza. Tiene sacerdotes — almas cadavéricas, — diría Lamménais, desesperados, pálidos, torturados, perennes nostalgicos, á él bien ajeno. Estos ascetas de la sombra, viven de rodillas ante la extraña gloria. Le alzan su plegaría: la calumnia.

La envidia es la forma bastarda de la admiración.

Las almas viles admirán y prorrumpen en un himno: el dieterio.

Envidiar es estar de rodillas ante una gloria. Es la muda contemplación de los insectos hacia los astros.

Las almas envidiosas nacen prosterendas. Son la eterna genuflexión ante el mérito. Como los mutilados de la capilla Sixtina, son el himno de la impotencia en los altares del genio.

Ser odiado y ser envidiado es la síntesis de la grandeza.

Nadie envídian sino lo que hubiera deseado igualar.

Nadie odia sino lo que hubiera podido amar.

Si la envidia es la forma negra de la

admiración, el odio es la forma negra del amor. Ser envidiado es sentirse grande.

Nadie envídian lo pequeño. Nadie odia lo débil.

El odio tiene majestad de fierá.

La envidia tiene forma de reptil.

El uno vuela y pieotea como un cóndor furioso á su presa. La otra se arrastra y silba buscando el talón.

Las grandes almas odian: no envídan nunca.

Son las del odio, batallas de leones; siéntese á lo lejos el rugido, vense como perspectivas de desiertos, rayos de incendio en la mirada flameada, la proyección, soberbia de la guerra... la epopeya sublime de lo grande.

Las de la envidia, riñas de reptiles.

Se percibe apenas el ruido del crótalo arrastrándose en la escama pálida por entre el limo verde; el ojo torpe que espía el águila; la boca abierta como escupiendo al sol, la sucia boca; el maleado aliento... la epopeya fangosa del pantano.

Inspirad envidia: seréis grandes: inspirad odio: seréis fuertes.

Jargastilaz

Las ventanas

Hay ventanas de alegría: claras vidrieras, cortinas de muselina florida; diríase que delante de sus marcos de madera se balancea de continuo un velo de flores... Estén abiertas ó cerradas, siempre tienen la apariencia de reir bajo las flores.

Hay ventanas que lloran solitarias en la desnudez de los muros muertos. ¿Es de remordimiento ó de pesadumbre?... ¿O lloran sin saber por qué, como lloran los niños?

Hay ventanas de terror: no se abren sino para las

tinieblas, lenta, pesadamente, como ojos febriles; silenciosamente, como labios que han perdido el uso de la voz.

Todas arrulladoras de caricias, hay ventanas de amor; ventanas alrededor de las cuales, sin lasitud ninguna, noche y día, como una banda de palomas en torno de una tumba, el enjambre de los deseos locos y de las vanas promesas se cierne, revuela, se abate y agita las alas . . .

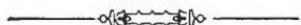
Hay ventanas de orgullo: bronce, mármol, espléndores apagados, con estandartes de victoria ó de duelo, en el oro y la sangre de los trofeos.

Hay ventanas de ensueño, á donde comprendemos que debe ser dulce asomarse, por la tarde, á contemplar la luna que se levanta por encima de las techumbres y los campanarios de la ciudad humeante y ardiente de delirio, que limita la floresta de los mástiles de los grandes buques . . .

Pero es á vosotras á quienes principalmente amo, ¡oh! ventanas melancólicas de las humildes moradas asoladas bajo la pesadumbre del largo destino; es á vosotras, ¡oh! vidrieras misteriosas de los viejos edificios en la linde de las avenidas, á quienes, á través de la red de las ramas desnudas, gusto interrogar los ojos sombríos, donde persisten, semejantes á mustios reflejos, tantos sueños desvanecidos e imágenes resucitadas . . . A vosotras también, en el fondo de los buenos jardines sencillos ¡oh! ventanas de los presbiterios que miráis con tanta calma pasar y repasar las estaciones por encima de la tapia del cementerio . . .

En las ventanas está toda el alma de las casas y de aquellos que las habitaron, como si sus cuadrados de vidrio, á despecho del azar y del tiempo, guardaran para siempre prisionera la huella luminosa de las miradas, hostiles ó temerosas, curiosas ó horañas, angustiadas, resignadas ó contentas, miradas de lágrimas, miradas de amor, miradas de alegría, miradas de orgullo, miradas de terror, miradas de ensueño ó de locura, ante la miseria ó las magias de la inútil y maravillosa vida.

GABRIEL MOUREY.



ESTROFAS

Para APOLÓ.

Cuando mi amor surgió en el alba
tus melenas eran de oro,
y tus pupilas eran verdes
como la lirfa de los pozos.

Oh, niñez alegre y dorada,
motivos de risa y de lloro!
Traidor venero de tristezas
fué aquél encanto bullieioso.

Volviste luego á mi camino
y en los cabellos y en los ojos
traías abismos de tinieblas
siendo brillante como un orto.

Ocaña, Colombia.

Oh, adolescencia que triunfaba!
Oh, savia bullente! Oh, pótico
donde á la invasión de los sueños.
quedó yacente mi reposo!

Has de tornar? En la penumbra
sufriendo te espero y te nombro,
escuchando todas las voces
y mirando todos los rostros.

Algo de tí llevo guardado
como en un rico paño el oro . . .
Es la dulzura de tu boca?
Es la centella de tus ojos?

LUIS TABLANCA.

LAS CORONAS

Para APOLÓ.

. . . ¿Un ensueño entrañable? . . . ¿Un recuerdo profundo? . . . —
¡Fué un momento supremo á las puertas del Mundo!

El Destino me dijo maravillosamente:

— Tus sienes son dos vivos engastes soberanos:
elige una corona, todas van á tu frente! —
Y yo las vi brotar de las fecundas manos,

floridas y glorioas, trágicas y brillantes!
Más fría que el marinóreo eadáver de una estatua,
miré rodar espinas, y flores, y diamantes,
como el bagaje espléndido de una Quimera fatua.

Luego fué un haz luciente de doradas estrellas:
— Toma! — dijo — son besos del Milagro, entre ellas
Floreeerán tus sienes como dos tierras cálidas! . . . —

. . . tal pupilas que mueren se apagaron rodando . . .
Yo me interné en la Vida, dulcemente, soñando
hundir mis sienes fértils entre tus manos pálidas! . . .

DELMIRA AGUSTINI.

VISIÓN BLANCA

Para APOLÓ.

En estos oscuros días
Y en esta nocturna calma,
Tiene un dietario mi alma
De negras melancolias.

Ya no anidan alegrías
Bajo el dosel de mi palma,
Mi salterio sólo salma
Monótomas letanías.

Tras los hierros de mi reja,
De los trenos de mi queja
Nadie responde al conjuro,

Sólo en la noche la luna
Finge tu imagen, como una
Blanca visión en el muro.

ADRIANO M. AGUIAR.

NUESTROS ESCRITORES



José Irureta Goyena

De "El mirador de Lindaraxa"

Los jardines trágicos

A Luis Rodríguez Embil.

I

Viejo jardín, el aire entristece un misterio inexorable como la pena de la vida.
Pareces, al crepúsculo, un viejo cementerio donde aun se extingue un último adiós de despedida.

La luz de tu belleza fatal nos avasalla.
En ti se olvida todo. Y el corazón se siente hoja seca en el árbol, rosal en la muralla, y hasta gota de agua en la morisca fuente.

Eres, bajo el encanto de la luz: oro y rosa, como una vieja música húmeda y olorosa á la que cada espíritu pone su propia letra.

Y cuando de la noche el negro enigma avanza quien en tus taciturnas soledades penetra se deja en tus umbráles perdida la esperanza.

II

Perdura en tu belleza trágica, el infinito dolor de alguna antigua estirpe desterrada, y hasta la voz del agua solloza como el grito de una robusta y joven garganta estrangulada.

En la fragante cárcel bermeja de ladrillo donde tu viejo espíritu suspira aprisionado, la herida del erepúsculo tiene el caduco brillo de un antiguo y sangriento damasco deslustrado.

Al cerrarse tu puerta tras nosotros, parece que se cierra un sepulcro... Todo se desvanece... Se pliega nuestra alma como una sensitiva

y se queda en el pecho el corazón inerte, mientras recorre el miedo de nuestra carne aun viva el brusco escalofrío y el terror de la muerte.

III

Todo tiene una vaga palpitación. La tarde de trágica pavura tu silencio ilumina, y de la vieja alberca en los cristales arde el temblor de la última hoguera vespertina.

Se desangra el crepúsculo estival, gota ágota
y en la sombra fragante del naranjal, se siente
sólo el llanto del agua que tímido borbota
en la flor centenaria del mármol de la fuente.

El corazón nos punza una aguda tristeza,
y entre las manos, pálida, se inclina la cabeza
que el recuerdo lejano de un imposible agobia . . .

Todas nuestras potencias se tienden al olvido
de todo, entre los brazos amantes de una novia
que no puede ser nuestra porque nunca ha existido.

IV

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavura
el alma y el cabello, y en el aire se masea
un húmedo y salobre olor á sepultura.

Sentimos nuestra alma morir con esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.

Todo se va extinguiendo . . . El tiempo pasa apenas
como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras venas.
Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre . . . Calla el viento, y el alma se despierta
al ver entre el ramaje á la luna amarilla
que asoma su faz pálida como la de una muerta.

V

Lenta como la tarde, siento que en esta hora
mi vida se desangra sobre el jardín sombrío.
Hay un dolor remoto que en mi pupila llora
y algo que hace á mi carne palidecer de frío.

Yo no sé qué recuerdo á mi memoria viene . . .
Para besar un sueño mi labio se despierta,
mientras la planta nómada inmóvil se detiene
y el alma vuela errante igual que una hoja muerta.

Aquí fué . . . En esta hora, bajo el verde ramaje
nos vimos: yo seria su cautivo ó su paje
y ella alguna sultana del viejo alcázar moro.

Nos besamos . . . Se eriza de pavor el cabello
como si de repente sintiera sobre el cuello
el golpe agudo y frío de un yatagán de oro.

De las ciudades viejas

Yo guardo de las ciudades viejas, allá en lo hondo del alma, en el lugar oculto donde se recatan las sensaciones que se gustaron con íntimo deleite, un melancólico recuerdo.

He recorrido, en lo más inclememente y vigoroso de la estación inverniza, cuando la nieve entre las veredas del monte y el hielo endurece los caminos del llano, los pueblos seculares y tristes que asientan su pardo caserío en el yermo de Castilla. Sus nombrés evocan memorias de feros, suscitan rumores de armas. Y en la diligencia, cuya marcha rimau el chirrido de los gastados ejes y el tembleteo de los vidrios roñosos, pienso en el vivir miserible de estos lugarezos viejos, no por soleados alegres, ni por hidalgos ricos.

Fronteros del sitio que ocupo, sobre la resobada banqueta del carricoche desvencijado, se acostumbran un labriego y una aldeana. Envuelvese el hombre en parduzca capa: es alto, huesudo, seco; cristaliza en sus ojos la serena tristeza de un erepúsculo castellano. La mujer, chata y recia, es trasunto y copia de la serrana de Malagosto, que con sano y burlesco regocijo cantara el Arcipreste.

Habla el labriego, y su charla grave es continua y mansa queja. «Hogaño está la tierra muy castigada del cielo; las cosechas no se logran; la que respetan los hielos la arrasan los pedriscos; están vacías las trojes, la vieja baldada, la yunta enferma...».

La mujer, doliente y lacrimosa, le ataja con el relato de sus

desventuras. «Es pastor el marido, y los fríos del hato son muchos; ella sola no puede cultivar su huertecillo; en la pasada primavera, la oruga se comió los frutales; la moza se seca á par del huerto...».

Y su monótona quejumbre se ahoga en la soledad y el silencio de la planicie nevada.

Por los girones de la niebla, asoman los rayos de un sol de invierno y su caricia se extiende por el albo terruño. Ni una casa, ni un hombre. De trecho en trecho, amarillean sobre la nieve las barbas de un rastrojo. Oyese lejano campaneo.

Una arboleda anuncia la proximidad del pueblo. El coche penetra en la villa entorreada, y el cascabeleo de sus colleras alegra las dormidas calles; luego se detiene frente á solariega casa. El sol doró sus muros; ostenta floreados herrajes, zaguán espacioso y ancho portón, señoreado por nobiliario escudo. En uno de los balcones tiembla el visillo, y alzado por mano femenil y blanca, descubre el rostro pálido, la esbelta figura, la mirada soñadora y triste de mustia doneella. Y yo pienso que acaso la llegada del coche sea la nota alegre que rompa el monótono curso de una vida de meditaciones y rezos.

En demanda del correo acude una moza. Un anciano acércease á las mulas chapoteando en el aguazal de la calleja. Una mujer nos mira indiferente; otra aguija á un cerdo, que en su carrera sobre el fango derriba á un chicuelo sueco. A grandes sorbos el zagal apura un jarro del alegre vinillo de ribera. Rítmicamente gotean

las gárgolas de la casa noble.

Y otra vez la diligencia cruza los nevados campos de Castilla; y otra vez se detiene junto á la casa hidalgía; y otra vez tiembla el visillo y pega á los cristales la frente marchita una doncella triste.

Al caer de la tarde llena mi corazón extraña melancolía. En la última parada el visillo no tiembla, ni tras los vidrios aso-

el labrador ronca; dormita la serrana, cabeeando á compás de los tumbos del coche. Y yo, mientras el hombre ronca y la mujer dormita, forjo con el recuerdo de todas las frentes pálidas, de todos los ojos tristes, de todos los cuerpos lánguidos, una ideal figura de doncella, muy pálida y muy triste. Y la veo marchitarse, con el rostro pegado á los vidrios, esperando an-



ma la interesante figura de la muchacha enfermiza.

En el espacioso zaguán de la casa solariega, una anciana, enlutada, llorosa, platicaba con una mujer del pueblo. Y oigo que la aldeana dice plañidera:

«¡Pobre señorita Ignacia!...
¡Qué golpe para la señora!...»

Apura el zagal su último jarro,
y la diligencia arranca de nuevo.

Envuelto en su parduzca capa,

siosa, día por día, el retozón cascabeleo que alegra las dormidas calles. Y la contemplo muerta, entre el desesperado plañir de la madre y el llantear sosegado de la fiel servidumbre.

Y mi espíritu, en briosa floración romántica, llora en el silencio de la noche y en la soledad del yermo castellano, por las doncellas tristes que se marchitan en las ciudades viejas.

ENRIQUE DE MESA.

Visión

El Castillo Rojo

Yo naci en la Alhambra. Mi padre era moro.
Mi madre fué en Cortes, dama favorita.
En aquella Alhambra que valió un tesoro
Por sus ajimeces y sus torres de oro ;
En aquella Alhambra que no resucita.

De la augusta guardia de los Soberanos
Siendo aún muy niño me nombraron paje ;
Y por las envidias de los cortesanos,
En menguados rostros, mis pequeñas manos
Vengaron la ofensa de algún torpe ultraje.

A los veinte años tuve ensoflaciones
Bajo las glorietas de rosas amigas,
Eran mis hermanos los grave Leones,
Y evitaba siempre las bajas pasiones
De las emboscadas y de las intrigas.

Yo aprendí los quiebros y raros antojos
De las danzas árabes de las bailarinas ;
Y por mis caríños y mis negros ojos,
Se quedaban siempre sin claveles rojos
Todas las macetas de las granadinas.

Yo por mis amores tuve mil locuras,
Burlando la espía de adustos guardianes,
Y en medio al silencio de noches oscuras
Yo tuve mis eitas y mis aventuras
En el fresco patio de los arrayanes.

Yo tuve mis tardes de melancolia
Y supe de idilios entre los jardines ;
Y en las noches largas de la nieve fría,
Con gracioso mimo la Reina quería
Que le diera besos para sus esplines

Yo escribí leyendas en los azulejos,
Y en las columnatas de los corredores ;
Yo aprendí la magia de fakires viejos,
Y escuché en palacio, los graves Consejos.
De blancos Califas y de Embajadores.

Yo he muerto en la Alhambra. Y en la noche oscura,
Cruza mi alma, el místico Aleázar desierto.
¡Soy Boabdil que se alza de la sepultura !
Soy el gesto último de la Arquitectura
¡ Que llora á la Alhambra de una edad que ha muerto !

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Inadvertida

Para A. POLO.

— ¿Verdad que tú me harás feliz? — Y la criatura deliciosa apoyaba en mi hombro su cabeza rubia, como presa de una necesidad de protección ante el augusto panorama del mar.

Habíamos recorrido un largo trecho de la costa levantina que en aquella, como en ninguna otra parte de la bahía, muestra el prodigo versicolor de sus arenas tornasoladas y el encanto supersticioso de sus algas, tejidas y destejidas á continuo por laquietud constante de las ondas.

— ¿Verdad que tú me harás feliz? — Estas seis palabras pronunciadas por una boca exquisita de diez y nueve años, estas seis palabras dirigidas á mi lealtad de hombre en el reclamo más dulce de la vida, me han inquietado dolorosamente. ¿Hacerla feliz? ¿Cómo poner á salvo de mi hastio la turquesa desleída de sus ojos y el oro ensortijado de su cabellera magnífica? ¿Cómo librirla de la predestinación que siempre ha encaminado mis amores á producir el mal en aquellas mujeres que inadvertidamente vinieron al encuentro de mí egoísmo creyendo venir al encuentro de mi sinceridad? ¿Cómo hacer que mi compasión adquiera una tal voluntad de sacrificio que me lleve hasta romper el prisma fantástico de mi

celibato sonreido? ¿Cómo vulgarizar mi vida?

Antes que Coralia, catorce mujeres cuasi niñas, catorce ilusionadas, se dejaron nacer en el columpio de mis promesas cordiales... Suplicaron clemencia; rogaron felicidad para sus pobres almas sumisas, y se fueron heridas para siempre por mi vanidad satisfecha, tras de haber dejado en mis labios y en mis ojos la significación de unos besos prolongados y el hondo sentido voluptuoso de unas miradas sostenidas... Después, he sabido de sus maldiciones.

Y yo no he tenido la culpa de nada; las he amado intensamente, han inquietado mis noches, fortalecido mis creencias, alegrado mi vida; pero ignoro porqué, llegado el advenimiento de las intimidades fervorosas, se han ido por la senda del resentimiento, camino de los definitivos abandones.

La pregunta de Coralia me ha inquietado dolorosamente, porque Coralia es rubia como el trigo, porque tiene unos ojos de agua profunda, y porque, después de todo, ¿cómo hacerla feliz?

... Caminábamos por la costa levantina, las manos en las manos, ante el augusto panorama del mar...

M. MORENO ALBA.

Barranquilla de Colombia.

Retrato

Para APOLÓ.

Tiene sobre el rostro la blanca neblina
De un tul nacarado. Su poeta, el Sol,
Le da coplas de oro. Se entreabre en sus manos
Su inquieto abanico, cual un ala en flor.

Su triunfo más rojo la carne de Venus
Lo encuentra en la boca de aquesta beldad:
La rosa de un huerto florido de besos
Semeja su boca de grana ideal.

Tal vez, á sus ojos les dieron su sombra
Las Mil y una noches de un Oriente azur...
En ellos hay hondas, extrañas tinieblas,
Y lloran humildes tristezas de luz.

¿ De un claro de luna nació el primer cisne?...
En su escudo arcaico, sobre áureo cuartel,
Buckingham del Vuelo, nevando sus perlas.
El pájaro blanco de Leda se vé.

Ya tartamudea su traje de seda.
Las intermitencias de un vago frú-frú...
Para ella, su moño de cintas pírecoces
Desata un capullo de rosa del Sud.

Como á un par de lirios de un valle lejano,
Evoco sus senos ocultos... De un Rey,
De un Luis abolido, de un Trianón sin corte,
Caducos senderos dibuja su pie.

Pueril colegiala del Beso indulgente,
Como en la limosna de un Beso se da...
Para ella, en mi flauta sopló el Paraíso
No sé qué canoro viento celestial.

Su rostro es la cosa más blanca y más suave,
Desde que una estrella de él se enamoró
Y, por contemplarlo, le dió sus hechizos...
¡ Ah, cuando yo sigo su plumacho de oro,
Su pompón de rizos,

¡ Hasta el cielo voy !

GUZMÁN PAPINI.

Elena Fancini Bruno

Tino Bruno

Tenemos el placer de reproducir en nuestra revista, los retratos de estos jóvenes cónyuges, que en poco tiempo han sabido captarse la simpatía de un público numeroso que noche á noche los aplaude.

Al barítono Tino Bruno lo hemos podido admirar en diversas operetas, entre ellas «La Mascota», «Saltimbanchi», etc., en que demuestra todo su arte, haciendo comprender que le están reservados más altos honores, pues está dotado de una bella y verdadera voz de barítono, que se ha manifestado en la noche de su beneficio, cuando interpretó algunos frag-

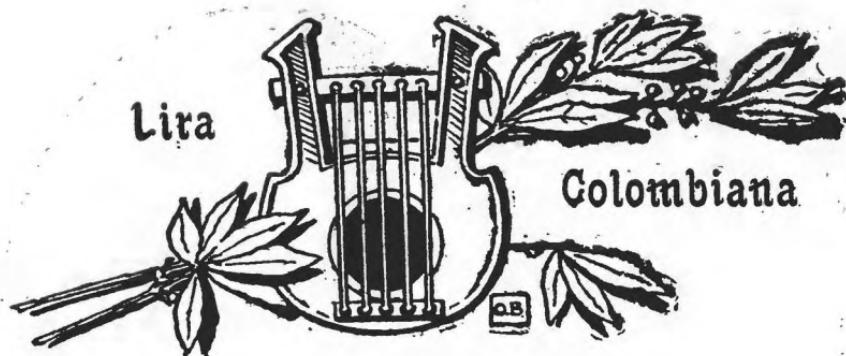


mentos de ópera lírica que fueron muy aplaudidos.

A la Fancini Bruno, poseedora también de aplaudidos medios vocales, la hemos elogiado en el rol de Costanza, en «D'Artagnan», y en otros papeles, en los cuales se luce admirablemente.

Nosotros, no acostumbrados á prodigar elogios, no vacilamos en unir nuestro sincero aplauso al del numeroso público, deseando ver cuanto antes á esta feliz pareja en el lugar á que se ha hecho acreedora.





Hongos de la Riba

I

El barbero del pueblo, que usa gorra de paja,
zapatillas de baile, chalecos de piqué,
es un apasionado jugador de baraja,
que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.

Lector infatigable de *El Liberal*. — Trabaja
alegre como un vaso de vino moscatel,
zurciendo, mientras limpia la cortante navaja,
chismes, todos los chismes de la mística grey.

Con el señor Alealde, con el veterinario,
unas buenas personas que rezan el rosario,
y hablan de los milagros de San Pedro Claver,

departe en la cantina, discute en la gallera,
sacando de la vida recortes de tijera, —
alegre como un vaso de vino moscatel.

II

El Alcalde, de sucio jipijapa de copa,
ceñido de una banda de seda tricolor,
panzudo á lo Capeto, muy holgada la ropa,
luce por el poblacho su perfil de *bull-dog*.

Hombre de pelo en pecho, rubio como la estopa,
rubrica con la punta de su machete. Y por
la noche cuando toma la lugareña sopa
de tallarines y ajos, se afloja el cinturón . . .

Su mujer, una chica nerviosamente guapa,
que lo tiene cogido como con una grapa,
gusta de las grasientas obras de Paul de Koek,

ama los abalorios y se pinta las cejas,
mientras que su consorte luce por las callejas
su barriga, mil dijes y una cara feroz . . .

El viejecito

Cada vez que esta rueda del año, más erizada de púas que la de Santa Catarina (á juzgar por las penas que nos trae), ha dado una vuelta completa y que el apacible y triste valle de Méjico se cubre con el manto cristalino de las primeras heladas, me acuerdo de una relación de Donaciana, mi vieja nodriza, hecha, Diciembre por Diciembre, en los últimos días del mes, en un rincón de la cocina humosa y cordial. En mi país no hay tradiciones poéticas. El viejo Noel francés, cuya sonrisa bonachona ilumina la selva virgen de una barba en la que han nevado tantos inviernos, jamás ha sido mentado por aquellas comarcas; Santa Clauss, á pesar de la vecindad yanqui, no ha aparecido tampoco nunca por mis valles con su cargamento de regalos. La poesía íntima y suave de la chimenea en que un tronco arde crepitando, es ajena por completo á aquellos modestos hogares. Ningún niño pone, por lo tanto, sus zapatitos y con ellos su ilusión á la vera del fuego amable, y ninguno se despierta rodeado de juguetes. Unos cuantos alemanes, expatriados definitivamente, que de huengos años atrás comercian en aquellos rumbos y que han llevado consigo sus prestigiosas tradiciones, velan el 24 de Diciembre, rodeados de sus hijos, alrededor del árbol maravilloso; pero la bella costumbre ni por esas se aclimata en mi costa. El árbol que da juguetes no prende en mis trópicos: es árbol del Norte, árbol del frío, árbol de perfumes boreales, árbol de las

montañas desconocidas en cuya cima duerme siempre la nieve...

Así, pues, lo único que individualizaba en aquella sazón é individualiza aún en mis recuerdos el fin del año eran: las letanías de los Santos, que se rezaban en la parroquia, y á las cuales nos llevaba mi madre de la mano; la escarcha de los collados olorosos... y el relato de mi nana.

Allá como por el 28 de Diciembre, mi nana empezaba á contarnos de un viejecito, muy viejecito, que se estaba muriendo. El 29 el viejecito estaba más viejecito aún; el 30, no pudiendo tenerse en pie, se metía en cama...

El 31, el interés del relato subía de punto para nosotros. A las oraciones rodeábamos ya á mi nana, muy abiertos los ojos, nidos de inefables curiosidades, muy atento el oído, en el rincón humoso de la cocina, y mientras la olla cantaba en la hornilla y el gato borboteaba cerca del fuego, preguntábamos hasta la saciedad á cada momento:

— ¿Y el viejecito, nana, y el viejecito?

— Muy viejecito y muy enfermo — respondía Donaciana misteriosamente; -- se está muriendo en una cama llena de escarcha... Pronto vendrá el padre á confesarlo. Ya fueron por él.

— ¿Y cómo es el viejecito, nana?

— ¡Ah! es tan flaco que parece un manojito de huesos... Tiene los ojos muy azules, pero ya muy empañados.

— ¿Como mi abuelita? . . .

— Como tu abuelita . . . Las arrugas aran su rostro y recuerdan los surcos en las tierras de labor que ahora cubre la helada: Es muy bajito y tiene un báculo para apoyarse; pero ya no se levantará de la cama!

— ¿Y no tiene hijos el viejecito?

— Tiene uno, uno solo, que va á nacer hoy á las doce en punto de la noche; uno muy colorado y muy guapo, que va á nacer . . .

Aquello nos satisfacía plenamente, porque ya sabíamos, hasta de vicio, que el viejecito era el año que acababa, y su hijo, el año que iba á llegar.

A medida que se aproximaba la noche, el viejecito se ponía más malo; empezaba á agonizar . . . le ayudaban á bien morir . . . Pero nunca asistimos á su muerte ni al nacimiento de su hijo, por una sencilla razón: nos acostabam temprano . . .

Durante muchos años, el monótono relato se repitió invariablemente cada Diciembre . . . Yo iba creciendo, y á pesar de mis libros elementales, martajados en la escuela particular donde dos buenas señoras nos hacían deletrear las primeras nociones de Geografía y Cosmografía, seguí viendo al año que se iba como un viejecito moribundo de ojos azules y cabello de lino, y al año nuevo como un bebé rollizo y endiablado, hijo del anterior . . .

Después aprendí muchas cosas: aprendí que la tierra es el tercero de los planetas de nuestro sistema; una estrella tan luminosa como Venus; que gira alrededor del sol en un período casi idéntico al que constituye nuestro año civil; que su juventud es eterna con relación á

nuestra existencia de relámpagos; que el hielo del invierno cobija bajo su manto la escondida germinación de la primavera próxima; que todo renace incessantemente; que un día nosotros seremos viejos y nos acostaremos para siempre en una negra cuna; alargada y triste, para ya no ver más ni el rubor de las mañanas, ni la mies de oro de los medios días ni la austeridad melancólica de los crepúsculos. Pero que no por eso la fuerza reproductora cesará en el mundo, y volverán las primaveras año por año, y las gentes seguirán confiando sus esperanzas á los Encros, para recoger la cosecha de tristezas de los Diciembres, y los niños reirán como siempre, aunque ya no podamos oírlos, y las parejas adolescentes se buscarán las bocas para besarse y los ojos para mirarse mucho, aunque ya no podamos verlas, y los perfumes, y el calor suave del día y el enigma argentado de las noches, seguirán sucediéndose, aunque ya no podamos sentirlos . . .

Aprendí que el tiempo no es más que uno de tantos subjetivismos, como el espacio; que el latido del universo continuará *in eternum*; que el sol, enfriado, se convierte en planeta; el planeta se disgrega y cae en la hornaiza de otro sol, y que de la nebulosa que se condensa al mundo que acaba, hay un eterno y divino sendero de fuerza y de resurrección y de amor; que la vida del hombre más larga de que haya memoria, no dura lo que una estrella, la más rápida, tarda en desplazarse, aparentemente, un centímetro en el cielo . . . Aprendí, en fin, que no es el tiempo el que pasa, sino nosotros los que pasamos . . .

Mas no he olvidado al viejecito de marras, al viejecito de ojos tan azules como los de mi novia, que besé tantas veces; de cabelllos tan blancos como la piel seca dosa de mi novia, cuyo calor invadía mi corazón cuando, mano entre mano, íbamos por los caminos, queriendo sorprender en la frente de los oceanos el último pensamiento de la tarde... No he olvidado al viejecito, más rugoso que las labores trabajadas para la siembra por el arado y en Diciembre cubiertas de hielo...

No, no he olvidado al viejecito

moribundo, y ahora que torna á meterse en cama, ahora que le ayudan á bien morir, ahora que puedo asistir á su último suspiro — porque ya no me acuestan temprano! — le pregunto con triste sonrisa: «Dime, viejecito: ¿qué me traerá tu hijo, el bebé rollizo que va á nacer?» Y el viejecito me responde: «¡Esperanzas!»

— «¿Y qué me dejará cuando agonice como tú, buen viejecito de los ojos azules?»

Y el viejecito me responde dulcemente: «Esperanzas... también esperanzas...»

Carmelo Henr.

TEATRO URUGUAYO

La Librería Moderna, de O. M. Bertani, ha publicado en folleto la comedia en un acto *EL CREDO*, del aplaudido escritor Ismael Cortinas.

Aquellos que vieron la representación de dicha comedia, favorecida con el primer premio en el concurso dramático de autores uruguayos, pueden deleitarse nuevamente con la lectura del libreto, lujosamente confeccionado por Bertani en sus talleres gráficos «El Arte».



ISMAEL CORTINAS

Lira Peruana

Los catorce años

Me pides un Soneto : catorce te daría,
puesto que son catorce también tus primaveras ;
y con catorce rosas tu frente así ciñeras,
por otras tantas veces que habló la poesía.

Catorce son los versos con que esta rosa mía,
que para hacer tu elogio cogí yo en mis praderas,
reventará en tus labios cuando aspirarla quieras.
en tu palabra toda perfume y melodía.

Mereces un soneto por cada abril vivido,
que, al reflejar tus formas y al halagar tu oído,
fuera un cristal que hablara desde un rincón discreto ;

mas ya que uno tan sólo le pides hoy á mi arte,
permite que mi musa te diga, al contemplarte,
que tus catorce abriles son el mejor soneto.

El amor de Galatea

En su amor imposible por aquella escultura,
Pigmaléon anhelaba darle el alma y la vida :
estrechaba sus formas con pasión nunca habida
y besaba sus labios con pasión siempre pura.

Así loco por ella, con tan mala ventura,
obstinábase, á modo del que escarba su herida,
en buscar el encanto vanamente suicida
de poder, entre sueños, animar su figura.

Pigmaléon : yo te envidio. Mi dolor es más fuerte,
mi destino es más triste, mi pasión es más dura.
La mujer á quien amo tiene vida y da muerte.

Yo querría que fuera, dentro de esta locura,
no mujer, sino estatua, para darme la suerte
de poder en mis brazos estrechar su hermosura ...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Lira Uruguaya

Lia Magdalena

Para APOLÓ.

Profundos surcos de color violeta
Engarzan sus pupilas amorosas,
Es su sonrisa, de pasión inquieta,
El centellear purpúreo de mil rosas.

Sus ojos de mujer ven al poeta
Tras las palabras graves y armoniosas
Con que Jesús, aquel gentil esteta,
Habla de Dios á todas las esposas.

Con un gesto de humilde y blanda pena,—
Gesto de amor que al implorar ordena,—
Avanza hacia Jesús la pecadora

Y al inclinar su frente encantadora
Lo envuelve en sus cabellos de morena
Y le arranca el perdón, más que lo implora.

Fior de Samaria

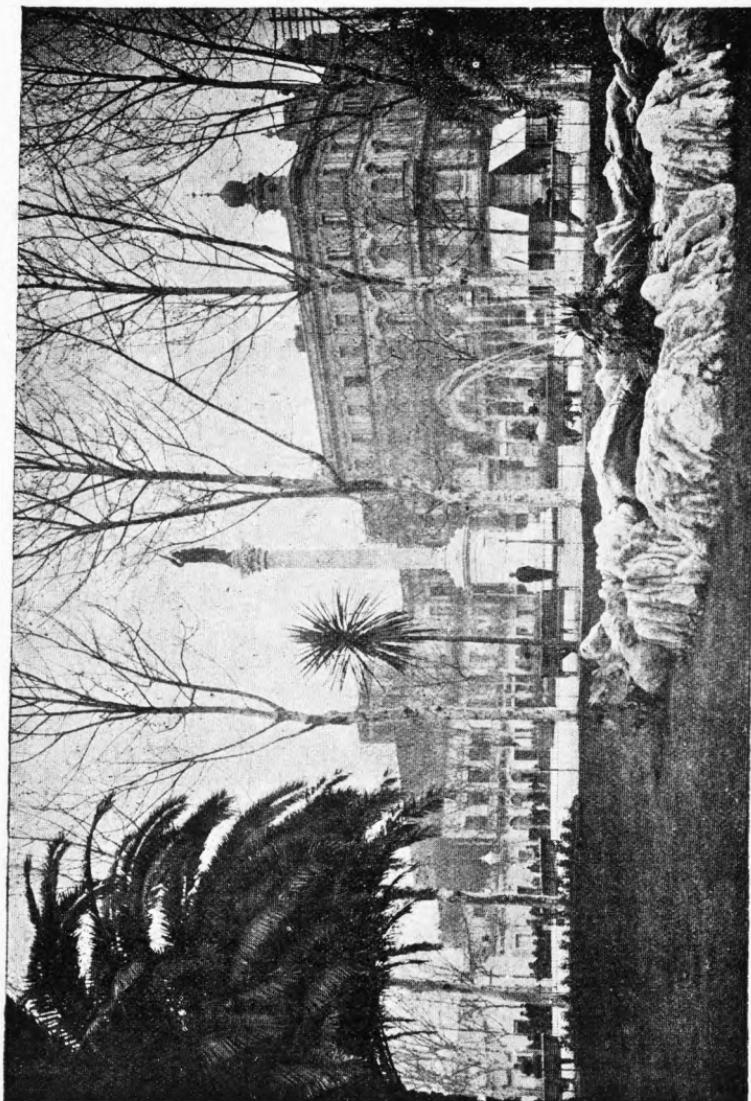
Junto á la clara fuente de pie la cortesana,
Sobre su espalda el ánfora llena dé linfa pura,
En sus cabellos rojos una rosa temprana,
Y en su rostro el reflejo de fatal hermosura.

En su boca florida, la música pagana
De una canción de amores de dulce galanura
Anima con su ritmo aquella forma humana
Que en el silencio fuera magnífica escultura.

Ven las luces del día sus pupilas rientes,
...Mas no han visto la aurora de celestes reflejos.
Han bebido sus labios las aguas de las fuentes

Que murmuran meciendo sus temblantes espejos,
...Pero aún no han bebido las palabras ardientes
Del que estando á su lado, todavía está lejos.

CLOTILDE LUISI.



Por jardines ajenos

“Tierras de Paz”, de Miguel A. Ródenas

Cerré el libro y reflexioné un instante. Su lectura había despertado en mi ánimo el deseo de volver á leer esas páginas tan evocativas y tiernas que sugieren la alegría de un triunfo recién conquistado.

Vosotros habréis experimentado alguna vez ese vivísimo deseo de saber algo más del idilio ó del drama que se desarrolla en aquellas historias cuyos personajes lograron cautivaros ó conmoveros, y cuya esencia, ya psicológica ó plástica, infiltróse en vuestra psíquis, predisponiéndola á un dulce y largo recogimiento.

Al través de ciertas lecturas el espíritu permanece abstraído y pierde toda influencia para seguir el curso de aquéllas, á cuya grata corriente comienza por entregarse cuando hay entre ambos un leve indicio de afinidad emotiva.

Si leyeseis «Tierras de Paz» sentiríais indudablemente la imperiosa necesidad de volveros hacia sus primeras hojas en búsqueda de algo más que fuera como un epílogo complementario, superfluo para la obra, sí, pero indispensable para saciar vuestra sed emocional. Porque esas divinas páginas que por un mago-poeta parecen haber sido extraídas del corazón de Arcadia; esas pláticas idílicas que traen consigo las ingenuas remembranzas del inmortal cantor de las églogas, tienen no sé qué atractivo, qué fuerza de sugerión avasalladora y humana que os impele á observar sutilmente sus cuadros y sus paisajes retrospectivos, llenos éstos de una beatitud riente como un parque en primavera, y aquéllos rebosantes de verismo.

Miguel A. Ródenas posee un bello temperamento conmovido y lírico que se manifiesta hasta en la selección del motivo de sus prosas. Modernista, y por ende, pulcro y gallardo en la forma y atrevido en el desenvolvimiento del asunto que expone, este hermano gemelo de Enrique de Mesa, el poeta creador de «Flor Pagan», ha excluido de su obra esas extravagancias verbales y esa puerilidad infantil que son el fruto híbrido

de la estulticia y el decadentismo y simulan jeroglíficos de difícil solución. (1)

El es en España, entre los prosadores de alto coturno cuyo sensorio es prisma cautivador, lo que Francis Jammes en Francia, entre los poetas más exquisitos y raros de la actual generación. Como éste, él también gusta de las dulzuras virgilianas que pueblan los atardeceres de las campiñas olorosas y colman de bienestar el espíritu. Entonces, deslumbrado ante la pompa de la naturaleza á la cual sabe rendir tributo, hace obra de panteísta y evoca en sus descripciones exuberantes de matices las escenas campestres de Millet y los paisajes de Hobbema.

«Tierras de Paz» es un libro de cuentos y de estudios y de impresiones de la vida que se caracterizan por la serenidad con que fueron concebidos y por la exposición de las observaciones, sobria, aunque precisa, unas veces, y ubérrimas las otras de elocuentes rasgos que ponen de relieve la altísima mentalidad de su autor.

De un libro así, multiforme y omnicolor, no puede darse una impresión completa sino omitiendo, á pesar, algunos de sus atributos fundamentales. Por eso no me detendré parcialmente en todas esas prosas de distinta índole ni tampoco descenderé al análisis que, como cualidad principal de la crítica mezquina, está vedado al artista y á todas las almas superiores que no corroen el sentimiento de la envidia.

El vigoroso paisajista que hay en Ródenas, y que se presenta todo entero en CANTARES y en TRISTE AMOR, se embarca de cuando en cuando en amables disquisiciones sociológicas que hablan de grandes ideales generosos y humanitarios. La novelita TIERRAS DE PAZ,

(1) Quiero hacer constar aquí, en oportunidad, que yo tengo un concepto personalísimo del decadentismo. Este no es, á mi modo de pensar, una escuela; es un símbolo de arte anémico cuando no es el producto de un escritor que tramonta, puesto al alcance de los eunucos de la inteligencia que atribuyen el genio á los necios.

El decadentismo no tiene formas concretas ni liturgias inquebrantables que lo erijan en escuela. El implica el descenso que por ley natural sufren todos los que piensan, ó de lo contrario, denuncia ese estado morboso, ya transitorio ó eterno, de las facultades intelectuales, que ocasiona la anemia del Arte. Al sustentar esta idea yo preseño en absoluto de la acepción del vocablo: «decadencia»; me inspiro en las producciones de los verdaderos decadentes y de sus panegiristas y emuladores.

De ahí que yo no piense, como aquel joven escritor que ha poco dió una conferencia en el Ateneo de esta ciudad, que Modernismo y Decadentismo son una misma cosa. Yo llamo decadentes: en España, á Miguel de Unamuno cuando pretende ser poeta ó novelador y en América á algunos escritores que habiendo hecho obras grandiosas declinaron muy pronto y hoy sólo conciben extravagancias que ponen bajo la ligida de su obra primordial. Yo acepto dentro del Arte las incoherencias espirituales que provoca, perpetuándolas á las veces, el estado patológico de la psiquis del artista, pero no acepto jamás las extravagancias ideológicas y verbales creadas por snobismo para asimilarse al genio.

cuyo colorido intenso es animado y armónico, está llena de altas ideas que revelan un criterio amplio y libérrimo en pugna abierta contra el prejuicio y las aberraciones sociales. Además inspira hondas reflexiones sobre los instintos humanos.

Pero donde más descuella la personalidad pensante de ese apacible novelador es en SANGRE AZUL, un estudio fuerte y conciso de un caso de hipocresía. ¡Es tan humano y tan minucioso y real que no encuentro concepto para loarlo! Imaginaos una sala mortuoria donde, entre los sollozos de unos y el siseo apagado de otros, alterna irónicamente el rumor de risas apenas contenidas que contrasta con el gesto doloroso de los más allegados dolientes, mientras en los corrillos que en tales circunstancias se forman priva un júbilo de fiesta y tan pronto se discute sobre política como se comentan (esto por fórmula) las virtudes del extinto, fingiéndose así un sentimiento que no se tiene.

Todo eso, descrito como está magistralmente, sin parsimoniosos gestos pero palpitante de ritmo y elo- cuencia, es de un efecto eficaz para la consagración del observador discreto cuyos personajes muévense allí fácilmente como en las demás escenas del libro.

No es Ródenas un escritor subjetivo y por lo tanto expuesto á las tormentas íntimas que destrozan el espíritu y enfoscan el horizonte artístico de algunos escritores sentimentales. De ahí la serenidad de sus páginas donde el objetivismo impera como un extraño cantor enamorado de la naturaleza y hecho para elevar madrigales á los astros y las flores, y á la soledad y el silencio de las regiones abandonadas que tie- nen el privilegio de suscitar gratísimas emociones al alma de los poetas.

El encanto idílico y la ingenua poesía de algunos de sus cuentos como esa maravilla que se llama JUNTO AL CAMINO; el perfume de añoranza que se desprende de casi todos ellos como de una flor evocadora de lejanos amores frustados allá en la adolescencia risueña y feliz, y las ricas ideas que sugieren sus pensamientos ebrios de gracia y belleza, perduran á través del tiempo en las almas sensibles á cualesquiera manifestaciones del arte y producen la placentera emoción de una vida reposada y libre de preocupaciones.

Ningún reflejo de la dominadora modalidad mau- passantiana á cuya influencia no han podido sustraerse muchos escritores jóvenes, cultivando el cuento, detona

allí, donde los idilios de los enamorados pastores y las zagalas candorosas son narrados con un dejo de saludable optimismo comparable sólo al de las églogas de los bucólicos griegos.

Es Ródenas un artista eminentemente soñador que no se detiene á analizar las pasiones del alma colectiva ni inquiere en la patología social el origen de los males que aquejan á la humanidad. Empero, sus bocejos psicológicos, nos presentan al desnudo las almas que él estudia profundamente, no cediendo á las inclinaciones de su temperamento, poético por excelencia, sino movido por ese instinto de observación, inconsciente acaso, que hay en el fondo de todos los poetas de alto vuelo.

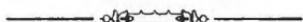
Su oración robusta y límpida, salpicada de esas regias constelaciones que son sus metáforas, bordando en oro la frase; llena de acadenciados giros y vocablos sutiles que enriquecen el léxico castellano, flexibilizan su estilo y lo hacen delicioso hasta la exigencia de los más empedernidos clásicos que aun forman en las filas académicas. Eso ya es un gran triunfo casi imposible en estos tiempos en que los últimos clásicos pretenden ejercer aún la supremacía en el arte.

Contemplativo como el poeta y dado como él á las infinitas embriagueces del miraje, su numen poemiza tan pronto la tristeza de una puesta de sol que anuncia á los pastores la hora de encaminarse al aprisco como la gloria de un amanecer en la soledad de los campos castellanos ó la melancolía de un amor perdido para siempre.

Y ese afán de concebir, exaltando la humilde vida de la aldea y harmonizando con su prosa cuotidiana la poesía de encantadores paisajes, hace más aparente á la meditación calmada ese manojo de anémonas que constituye «Tierras de Paz» y que tiene, entre otras, la virtud de surgir allá, de tarde en tarde, en el jardín del Ensueño, como un emblema de triunfo y renovación.

PÉREZ Y CURIS.

Septiembre 1908



El pasado

Para APOLÓ.

El alma mía siente el frío de los acabamientos;
se iluminó con la incongruente fugacidad del vicio,
y el resplandor de los deseos hirió á sus sentimientos
con implacables consecuencias... Iba hacia al sacrificio...

El alma mía fué dejando todos sus pensamientos
serenamente voluptuosos en medio del bullicio
que enajenaba sus placeres; fué en todos sus momentos
libando mieles lujuriantes de amor, panal propicio.

El alma mía se recluye, es alma que se aleja
y se confunde entre las sombras; en su sendero deja
no sé qué lugubres tristezas, qué inconscientes gemidos...

Quizá es la huella de sus locas orgías por la vida,
quizá es el goce que reclama vivir sus días idos;
quizá el pasado moribundo al borde de mi herida...

LORENZO VICENS THIEVENT.



En la Soledad

— ¡Oh, extraño cenobita del Silencio ! ¿qué piensas
En tu pobre boharda ?

— Que mis fiebres intensas
Van poblando mi espíritu de visiones sombrías ;
Que mi dolor pregoná la muerte inevitable
De mis vagos ensueños, y que el sol miserable
Hoy no ha venido á verme, triste como otros días.
Pienso también que el torvo buitre del pesimismo
Viene á anidar en mi alma próxima al paroxismo,
Y ese otro buitre en forma de paloma sumisa
Que es el amor me arranca fibras del corazón
E impide que en mi labio florezca una sonrisa
Para velar mis odios y mi desolación.

Mi existencia es un árbol cuyas flores austeras
Exhalan el perfume de una amarga pasión ;
Mil pétales de sombras encubren mis quimeras
Conmovidas á modo de intangible jubón.
Como no tengo hermanos ignoro el alma tierna
De las íntimas frases, la caricia fraterna
Y el elogio sincero que es el mejor laurel.
Mi juventud se agita como un ave que marcha
Hacia la luz; y, huyendo del fango y de la escarcha,
Ve en el camino un árbol y se guarece en él.

La Soledad acoge la exhalación de mi estro,
Así como una madre . . .

— Y tu canción, Maestro :

¿Adonde va ?

— Hacia el alma de los seres que abrevan
Sólo en una fontana de amor y de verdad ;
Mi canción no es humilde pero es noble y la llevan
Cuantos desheredados aduna la humildad.
Allí va esa ave humana que es mi canción.

— Yo mismo

Voy con ella, Maestro, á sondear ese abismo
Donde todos los parias impetrarán libertad.

Octubre, 1907.

PÉREZ Y CURIS.

BIBLIOGRÁFICAS

Libros y folletos recibidos

La gran casa editorial Pueyo de Madrid, la que con más empeño y asiduidad prohíbe a la difusión de las ideas modernas en Hispanoamérica, acaba de obsequiarnos con los siguientes libros de su última cosecha:

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA, por Felipe Trigo; EL DOLOR DE LA CASA, por Julio Hoyos; TREGUA, por Dório de Gádex; SANGRE DE PRIMAVERA, por Tulio M. Cestero; DE MAR A MAR, por Ángel Guerra; DE CAPA Y ESPADA, por Ramón A. Urbano.

También nos ha enviado TIERRAS DE PAZ, por Miguel A. Rídenas, publicado anteriormente.

De este último, como habrá visto el lector, se ocupa extensamente el Director de *Arlo* en el presente número; de algunos de los otros nos ocuparemos a continuación lamentando que la exigüedad del espacio nos impida explayarnos como quisieramos y como ellos merecen.

Agradecemos intimamente al señor Gregorio Pueyo su valioso e interesante envío.

EL DOLOR DE LA CASA, por Julio Hoyos.—
Librería Pueyo.—Madrid.—Es éste un libro de mucho aliento pero muy breve, muy conciso para el desarrollo de un proceso psicológico que por su importancia y complejidad debiera tratarse con más amplitud. Hoyos ha hecho un boceto de novela cuyo elevado intento emociona al lector por el cúmulo de finas observaciones que ofrece. Su tema es tendencioso. Mirabeau lo ha tratado magistralmente en su libro «Sebastián Roeh». El protagonista de *El dolor de la casa* se educa en un eclogio de tráileres y sale de él con todas las morbosidades del pederasta pasivo. Sus deseos no colmados tras largo tiempo le exasperan terriblemente y le causan frecuentes ataques de epilepsia que lo vuelven hosco y hurano para con todos los de su familia que le prodigan toda clase de cuidados ignorando el motivo de su mal. Julio Hoyos ataca allí el prejuicio religioso y demuestra al mismo tiempo los beneficios de la enseñanza laica. Aunque su estilo no es bello sino correcto, *El dolor de la casa* es un libro laudable por las deducciones que nos sugiere y por el noble propósito que persigue su autor.—*Pérez y Curis.*

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA, por Felipe Trigo.—Librería Pueyo.—Madrid.—Comprende la novela así titulada y «Reveladoras». En la primera, nos muestra Felipe Trigo a la mujer en su neurosis. Toda la incoherencia del proceder de esa Eladia que sin amar y sólo por vanidad acepta por novio a un pobre periodista para que en los periódicos de Madrid se ocupe de ella, es bien femenino. Ricardo, en cambio, hace de esa mujer sin corazón, su ídolo y su todo, y por ella trata de llegar a la celebridad, cosa que consigue como en un bello cuento de hadas. Pero Eladia, la nerviosa, al fin, que no sabe lo que quiere ni lo que desea porque no ama, en vez de pagar con su cariño tanto esfuerzo, se niega a casarse con él aun después de haber sido suya. He ahí en síntesis la llaga moral y social que estudia Felipe Trigo. «Reveladoras» es de un verismo cruel. Gloria es la mujer sin educación que sólo sigue su instinto; una pervertida que mancha con su impudor el alma de dos niños; la una, niña de quince

años, y el otro, un chico de trece. Para Gloria es un placer hablar a esos niños con palabras que los hacen enrojecer aunque no las comprendan del todo. Cuando ella, sin pieza de pudor, se desabrocha y apoya forzadamente la cara de Rodrigo contra su seno blanco y duro, el chico, en su inocencia ultrajada le grita: puerca. La otra reveladora es Josefina, de la mejor sociedad, joven y bella señora casada con un hombre que la deja casi siempre sola. Ella, pervertida también como Gloria, la vulgar sirvienta, besuquea y manosea a ese pobre niño que parece condenado a que le sean revelados de un modo brutal y repugnante los divinos misterios del amor. Josefina, más seductora y perversa que Gloria consigue que esa pobre almita blanca vaya a su casa. Lo que se desprende de la obra es que esas *Reveladoras* harán de Rodrigo un ser que vivirá para sus sentidos y no conocerá nunca el amor del alma; será, como dice el autor, *un sensual irredimible*.

Excusamos hablar del estilo de Felipe Trigo en esta nueva obra. Baste decir que es siempre el suyo, vigoroso y personal.—*Flor del Lacio.*

EL CAMINO DEL TRIUNFO, por Vargas Vila. Librería Bouret.—París.—Comprende de esta novela dos tomos: «Las Adolescencias» que acabamos de leer y «Vidas Paralelas», actualmente en prensa. A juzgar por la lectura del primero vemos que se trata de una vigorosa novela psicológica y moralizadora en la que se ponen de manifiesto y se anatematizan abiertamente las bajas prácticas sacerdotiales y los inmundos actos cometidos a la sombra del confesionario.

Los crímenes de la religión se han producido en todos los tiempos y se producen aún sin ningún parentésis. Por eso, un libro así, que los denuncia, relatándolos minuciosamente y poniendo en guardia a la juventud que surge apta para la seducción y el halago, es siempre oportuno y saludable.

En «Vidas Paralelas» el Maestro dirá de la evolución intelectual y moral de los personajes gallardamente esbozados en «Las Adolescencias».

Esperamos con ansiedad la aparición de aquél para hablar extensamente de esa

novela salvadora que es *EL CAMINO DEL TRUENO*. Entretanto, sea esta breve nota un motivo para agradecer á nuestro ilustre amigo Vargas Vila el envío de su libro. — Pérez y Curis.

DE CADA Y ESPADA, por Ramón A. Urbano. — Librería Pueyo. — Madrid. — Por este elegante libro hace desfilar Ramón A. Urbano ante nuestros ojos visiones de cosas idas. Nos habla, evocando el medioevo y sus leyendas, de dueñas y de pajes de caballeros que sabían morir por su dama. Escrito en estilo clásico, muy pesado, pero adaptable á aquella edad, creo uno ver en una caligrafía de la heroica España un paje blondo tañendo el laúd en la reja de su bien-amada. *Cuentos del día*, que componen la segunda parte del libro, están escritos en el dulce lenguaje andaluz, y ya no hay pajes ni dueñas, sino golfitos cuyo espíritu travieso alegra el alma del lector, y sevillanas, como la *Niña de las flores*, bellas y amantes á la par que orgullosas. Todos estos cuentos son bellos; decir que uno es superior á otro es imposible. Las costumbres típicas del pueblo así como sus modalidades están pintadas allí divinamente. Ramón A. Urbano ha condensado en *De Cada y Espada* todo un caudal de felices impresiones. — Flor del Lucio.

SANGRE DE PRIMAVERA, por Tito M. Cestero. — Librería Pueyo. — Madrid. — Esta colección de poemas en prosa que prologa Gómez Carrillo, el exquisito escritor, viene á robustecer aún más nuestro concepto sobre la obra intelectual del divino autor de «Cíterea». Si en dicho libro, formado de cuadros reales, es digno de loa el trabajo de observación, en *SANGRE DE PRIMAVERA* se admira, con la labor sutil del artista que musicaliza la frase, la delicada labor del espíritu emotivo que canta y elogia sus más dulces impresiones. El arte de Cestero es moderno y un presionista; no acusa estrechos formulismos ni rituales académicos reverenciados en otras épocas; es rebelde y por lo tanto personal. *SANGRE DE PRIMAVERA* coloca á Cestero en un puesto de honor entre los más altos prosadores americanos. — Pérez y Curis.

JASPES, por Ernesto Monge Wilhelms. — Iquique. — Ernesto Monge Wilhelms es mi pensador. Y piensa bien, lo que hace que sea un buen escritor. *JASPES* es su obra. Es una recopilación de cuentos y páginas de estudio, escritos en un estilo elevado y solretado con una sinceridad espontánea que dice muy alto del alma artística y noble de su autor.

Contrario á lo que manifiesta en su Portico, he observado que cada cuento, cada página, cada párrafo, encierra una enseñanza muy humana, una máxima severa, expresadas con una amarga ironía y con sutil delicadeza, que hace commover y pensar hondamente en las grandes tristezas e infortunios de los hombres, que la Humanidad arrastra con la vorágine de su alma desequilibrada e injusta.

El autor de *JASPES* posee un don de observación sagaz y una admirable concepción psicológica, lo que hace que su libro sea de alto valor, porque refleja de un modo fiel y preciso — sin afectados con

venuelismos — cuadros de la vida real, con todo su colorido y toda la desnudez de su alma! — Ovidio Fernández Ríos.

DE MI VILLORIO, por Luis C. López. — *Librería de Pueyo*. — Madrid. — Manuel Cervera, el altísimo poeta, y uno de los temperamentos más delicados de la actual generación, nos ha enviado un ejemplar de la obra de ese otro gran poeta que se llama Luis C. López. *DE MI VILLORIO* es una colección de poesías originalísimas, rudo estilo y vigor ideológico muestran á mi espíritu amplio y selecto que posee el encanto de deleitar intensamente. Un poeta como López, que sabe innovar á maravilla, haciendo del verso una expresión armónica y sutil, y no una frase prosaica á la manera de los decadentes, es raro avis entre los triunfadores de la faulange hispanoamericana. Porque si para innovar es preciso colocarse fuera del clasicismo y por encima de toda fórmula ó ley, hay que cuidarse también de la extravagancia, en la que es fácil caer cuando más empeño se pone en la innovación. Leyendo los versos de este poeta sahreis de sus emociones y de su rara modalidad. Oid:

De sobremesa

Se vive, amada mía, — según y cómo . . .
Yo — por la mañana tengo hipochondria —
y por la noche bailo un rigodón.

Y qué? Pura ironía — del hígado, muchacha. En el amor — y en otras cosas de mayor cuneta — todo depende de la digestión.

Que no fuíne, que olyide la lectura, —
que no maldiga en ratos de amargura — y
mil consejos más de este jaez. — como si
se pudiera — vivir á la manera — de las
cales tiradas á cordel . . .

y así todo el libro: bello conjunto de armonías que exteriorizan los estados de alma de un soñador que se ha inspirado en la vida. *DE MI VILLORIO* trae un breve y conceptualísimo prólogo de Manuel Cervera. — Pérez y Curis.

FLAUTA INOENUA, por Roberto Valladares. — San José de Costa Rica. — Un libro pequeño, flexible, elegante, aristocrático, pero grande en su contenido: áurora que guarda muchas maravillas del estro, y mucha mentalidad brillante como chis pas y luces de piedras preciosas.

La musa de este nuevo peregrino del Ensueño, está impregnada de una tristeza muy honda y de un sentimentalismo extraño. Es una musa rebelde que no sabe de dogmas académicos, ni de la tarda monotonía del clasicismo. ¡Yo te aplaudo!

Sus versos, ora ingenuos, ora graves; ora desaliñados e incorrectos, ora de una perfección admirable, dicen todo ese poema de fiebres y loqueras de los veinte años, pero con una sinceridad muy noble y con un sabio pensar, profundo y sereno.

Espero que *FLAUTA INOENUA* sea precursor de otra obra más grande y más perfecta que consolide firmemente la con sagración de Valladares, ruiseñor melancólico cuyo gay cantar ya hace estremecer el alma de la selva del Norte. — Ovidio Fernández Ríos.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas e Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garantizan los trabajos de la casa.

— PRECIOS —

Traje de saco	de \$ 10.00	á \$ 22.00
Jacquet	» 22.00	» 28.00 forro de seda
Smoking	» 18.00	» 28.00 » » »
Levita	» 30.00	» 40.00 » » »
Frac	» 30.00	» 40.00 » » »
Sobretodos	» 12.00	» 22.00 » » »
Pantalones	» 2.00	» 7.00
Chalecos fantasía	» 1.00	» 5.00

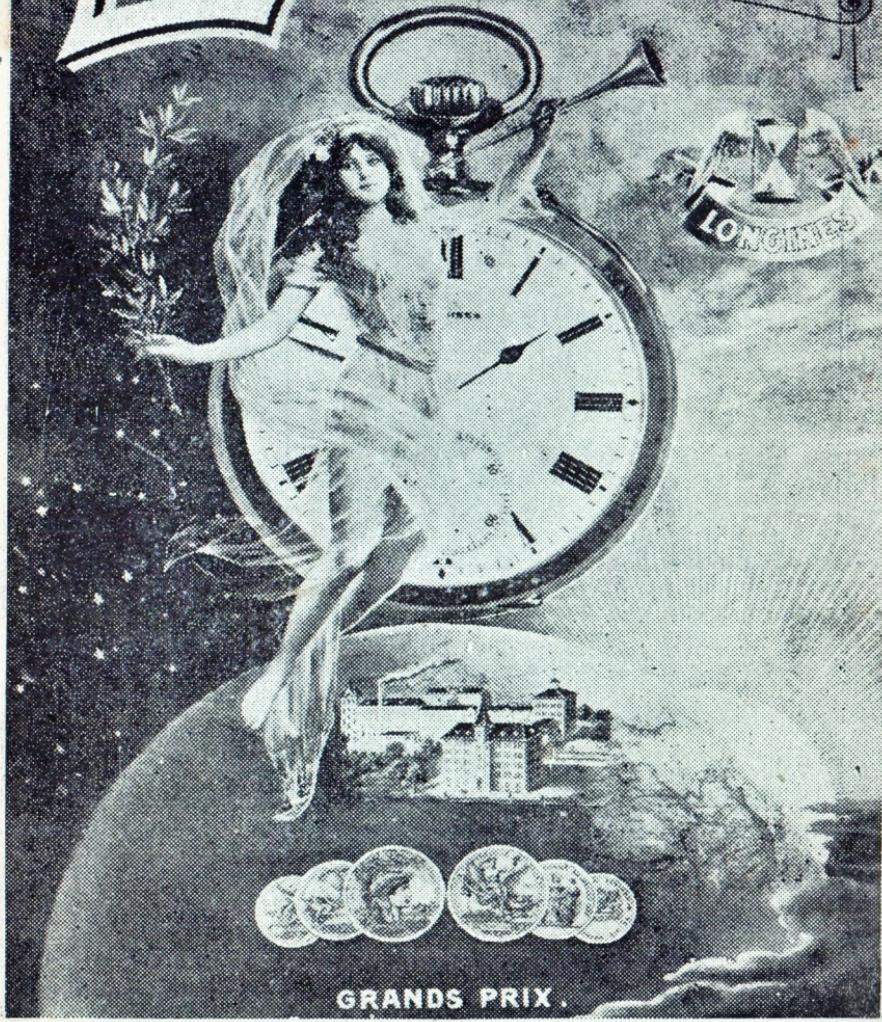
La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

LONGINES



GRANDS PRIX.